

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DIA COMPLETO

APROPOSITO

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO DE LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA JOSEFA HIJOSA

POR

EUSEBIO BLASCO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40. — OFICINAS: POZAS, —2—2.º

1898

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRÁS

N.º de la procedencia

DIA COMPLETO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DIA COMPLETO

APROPOSITO

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA EL BENEFICIO DE LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA JOSEFA HIJOSA

POR

EUSEBIO BLASCO

Representado en la noche del 6 de Febrero de 1880 en el
TEATRO DE APOLO

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

—
1898



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

A la Marquesa de Santiago

En estos días de tan hondo pesar para tí, querida hermana mía, quisiera que mis humoradas pudieran distraerte. Ojalá que la lectura de este ejemplar logre ocupar un rato tu atención, interrumpiendo el llanto de la desolada madre que acaba de perder un hijo en la fuerza de la vida.

Nunca es más dichoso un autor festivo que cuando consigue alejar del ánimo de sus lectores pensamientos tristes. Ojalá lo consiga tu amantísimo hermano

Eusebia

PERSONAJES



NICOLASA..... . SRA. HIJOSA.

UN ESPECTADOR..... SR. RUIZ DE ARANA.

ACTO UNICO

Gabinete elegante. Lámpara sobre un velador. Nicolasa entra seguida de una doncella, que deja una palmatoria con vela encendida sobre la chimenea y se retira.

NICOLASA ¡Luz! ¡La bata! ¡El té! ¡La butaca! (se deja caer sobre una butaca.) Ya estoy en mi casa. ¡Mentira parece, hombre! Ya estoy en mi cuarto segundo de la calle de la Bola, número catorce... (Levantándose y dirigiéndose al público.) donde tienen ustedes una servidora y una casa á su disposición. ¿Eh? Ah, no hay de qué, no hay de qué. (Vuelve á sentarse.)

¡Pues nada, no ha sido nada lo del ojo! ¡Cualquiera de ustedes al verme volver con tan mal humor, creerá que yo tengo un carácter violento, irascible, que soy una de esas mujeres á quienes llamamos vulgarmente... de caballería! ¡Pues no señor, nada de eso, que lo digan mis criados, á ver si yo soy como dice mi costurera, una señora *atroz!* Pero hay días en que no amanece para una, y hoy es uno de ellos, porque yo...

¿Pero no les he dicho á ustedes quien soy yo? (Volviendo á levantarse.)

Según me ha dicho un poeta dramático que ha puesto unos versos en mi album (con decir que tengo album, creo que digo bastante para que se me vaya conociendo); según ese poeta, yo soy

la flor que abre su cáliz por la mañana,
la sonrisa del día, luz de oro y grana,
la brisa que murmura frases de amores,
la esencia que derraman las frescas flores,
el suspiro perdido que vaga errante,
el eco de las trovas... uf, qué farsante;

yo soy, pese al poeta, Nicolasa Costales, viuda de un interventor de rentas de Filipinas.

Esa soy yo, una viuda que han dado en llamar verde, no sé por qué, pues á fe que no he dado motivo para ello. Que soy joven, que ando por el mundo, que me hacen el amor una docena de sietemesinos... ¿y qué? Eso cae por fuera, eso son ganas de hablar; naturalmente que los hombres son así, que una no es ninguna visión, y en cuanto le ven á una... (Mirando hacia un lado del público y fingiendo cómico rubor como si un espectador la mirase.) ¿no digo? no me mire usted así, hombre, no me mire usted así que hay gente delante... ¡Jesús, qué tormento! (¡Y no es feo!)

Decíamos, pues... ya se me olvidó... es claro, la ponen á una en evidencia... ¡ah, sí! Ya sé, decíamos que yo tengo muy mal humor, y necesito probar á ustedes que me sobra razón para ello, porque he llevado un día que voy á describirlo tal como ha sido.

A las ocho de la mañana me despierta un estrepitoso campanillazo. Mi dormitorio da cerca de la puerta de la calle y oigo estas palabras:

—La señora está durmiendo.

—Pues despiértela usted.

—Estas no son horas de traer cuentas.

—Para ustedes ninguna hora es buena, ¡caramba con ustedes, que ya está uno harto de subir escaleras! Para llevarse el vestido buena hora fué; parece que roba uno el dinero, y ya no vuelvo más y le voy á dar la cuenta al procurador; si no tienen dinero que no lleven vestidos de lujo...

—¡Haga usted el favor de no escandalizar!

—Pues gritaré todo lo que me dé la gana.

—Insolente.

—Más es usted.

—Vaya usted noramala.

—¡Quite usted de ahí!

—¡Bu!

Tiro de la campanilla, me echo una bata, saco un billete de cuatro mil reales y pago un vestido que ya no se puede llevar, que me fastidia soberanamente, que ya está viejo! ¡No veo la razón de pagar ese vestido!

Dan las nueve y media y recibo tres tarjetas en tres sobres.

Aquí están. (Tomándolas del velador.)

Una de ellas dice:

Congreso de los Diputados.

Tribuna de señoras

Billete personal.—Señora viuda de...

Es un billete que me manda el marqués de la treinta y una (Mirando al caballero de antes.) *que me hace el amor*, para que le oiga un discurso sobre la enfermedad de las patatas. Este es un marqués manchego muy rico, con aficiones de labrador, que se ha empeñado en que las patatas están enfermas y que el Gobierno tiene la culpa. ¡Oh, no es exageración, el otro día almorzó aquí, y empeñado en que las patatas del biftek estaban delicadas. — Están fritas, marqués — No, amiga mía, no, están enfermas.—Le digo á usted que están fritas.—Enfermas.—Al fin resultó que las patatas se pusieron malas, y quien estaba frita era yo; naturalmente, hay hombres que fríen la sangre... ¡no es por usted! (Al caballero de la butaca.) (¡Como me está mirando ese caballero!)

La segunda tarjeta es esta:

La generala Gudal

te espera esta tarde á las cinco para llevarte en coche á paseo.

Invitación fastidiosísima, porque á mí no me gusta el paseo de coches del Retiro, pero la generala se pica si se la desaira, y figú-

rense ustedes, si se pica... habrá que ponerla al balcón para que no se pique, que es lo que hago yo con la ropa de lana.

Buëno. Pues la tercera tarjeta dice así:

Los duques del Noroeste
invitan á usted á la representación dramática que dan en su hotel, hoy sábado á las diez de la noche.

Es decir, comedia de aficionados ilustres con su poquito de lectura de poesías, porque ya hay lectura de poesías hasta en los entierros.

¡Bien! Dije yo para mí. Día completo. Yo que pensaba hoy estar en casa por si venía Chano, porque Chano, mi primo Chano... (Mirando al espectador y luego al público.) (Ya está asustado ese caballero.) Mi primo Chano, que pretende casarse conmigo y darme su título de vizconde, me está poniendo en evidencia, y yo he resuelto decirle que esto no puede ser, y quiero tener una conferencia con él para eso... Pensándolo estaba cuando dieron las once y se me presentó aquí Mariquita, una amiga íntima que *so color* de contarme sus penas, almuerza conmigo siete veces á la semana. Pues señor, tuve que peinarme delante de ella, vestirme delante de ella y hasta sonreirme delante de ella. Y qué charlar, ¡Dios mío!—¿Qué hay, Mariquita?—¡Ay, hija! (Mariquita se permite el lujo de ser andaluza.) ¡Ay, hija mía, qué quieres que *haiga!* ¡Disgustos, hija, disgustos! Sa muerto la cuñá de mi hermano y nos ha desavíao la casa. ¡Ay, hija mía, qué semana, allí los alópatas, allí los homeópatas, allí los constitucionales—(¡mire usted que los constitucionales para una enfermedad del pulmón!) pues ná, hija mía, que no somos ná, que se nos murió la pobretica con sus cinco sentíos: sinco hijos deja.—Sí, á hijo por sentido.—¡Pus eso es! Te digo que está Madrid que arde, hija mía;

pues ¿y la de Sánchez que me le ha salido un bulto en la cara como un alcaucil? (Alcaucil en andaluz significa alcachofa, no sé por qué, pero se le llama así.) ¡Ay, qué bulto de mis pecados! Primero le salió, luego se le quitó, luego le volvió á salir, y aquí me tienes á todos los médicos buscándole el bulto á la infeliz que está en un ¡ay! lo mismo que si cantara malagueñas.—Pues, ¿y lo que ha pasao en casa de las de Quintín, que se les ha ido el mayordomo con cuatro mil duros y el sable del chico mayor?—Mujer, el sable será para sacar por ahí otros cuatro mil.— ¡Ay, hija, qué dichosa eres, que tienes tan buen humor!—¿Y qué voy á hacer?—Vaya, me voy.— Si quieres almorzar...—Tomaré una chispita.—Y se me sienta á la mesa, y la chispita son dos docenas de ostras, un lenguado frito, un pastel de liebre y docena y media de rosquillas! Chispita llaman á esto las sevillanas.

Por fin se fué. Mando poner el coche... (Al público y con misterio.) porque yo tengo una berlinita que pongo á la disposición de ustedes. Es un regalo que me hizo mi marido cuando volvió de Filipinas; pero no decirlo, ¿eh? porque cuando pusimos coche... para que no chocara dijimos que nos había tocado la lotería, ¿eh? Es la costumbre cuando se hace dinero así... como si dijéramos... en fin, ¡así! ¡No hay para qué explicar estas cosas! Subo en mi berlina, me voy al Congreso... y ustedes dirán... si á ésta mujer no le gusta el marqués ese de las patatas, ¿por qué se toma la molestia de ir á oírle?

Me explicaré.

El único hombre con quien yo volvería á casarme es uno á quien no he visto en mi vida... pero yo soy muy amante de las bellas letras... (Mirando al espectador.) siento que sea usted, pero no veo la razón (¡cuando digo que este hombre me va chocando ya!) Yo he leído un libro, recientemente publicado, cuyo autor sostiene que las mujeres no

son malas como los hombres creen, y otra porción de cosas muy bonitamente dichas; el marqués es amigo del autor, y yo quiero obligar al marqués de una manera hábil á que me le presente. Por eso voy al Congreso y le celebro los discursos, y hago como que le oigo cuando me dice flores... ¿estamos?

Entro en el Congreso. La tribuna de señoras está llena. Generalas, ministras, embajadoras, aficionadas á la cosa pública. Habla un señor diputado alto, muy alto, altísimo, que, según dijeron allí, es el encargado por el Ayuntamiento para limpiar la luna... y dice:

Sí, señores, en los Estados Unidos, donde la mujer es telegrafista, médico, libre por completo...

Una señora que está junto á mí:—Allá me voy este verano.

—En los Estados Unidos las carreras no son tan pocas ni tan poco socorridas como aquí. ¡Suprimidme del presupuesto los médicos, suprimidme los abogados!

Otra señora:— ¡Ay, si me suprimirán á mi marido!

Por este estilo sigue hablando hasta que toma la palabra el marqués. Habla de la agricultura y prueba que está sin brazos. Pide la prohibición de importación de las patatas extranjeras. Un diputado le contesta que las patatas no están enfermas, sino sencillamente acatarradas, y que eso pasará. Se promueve un escándalo por no sé qué palabra; se acaba la sesión y yo salgo de allí con la cabeza como un bombo, un roto en el vestido y una porción de amigas nuevas que me ofrecen sus casas. Voy á la de la generala, salimos en su landó y nos vamos á paseo. ¡Qué cosa más divertida es eso de estar dos horas en fila saludando á derecha é izquierda. ¡Adiós! ¡Hasta la noche! Ahí va Pepe. ¡Adiós, Pepe! ¿Quiénes son esas? Las de Pérez. ¿Y aquéllas? Las de Salvadera. ¡Qué bonito tren! El de las de Cucufate. Se

lo ha traído de París ese que dicen... ¡Ah, sí; ese que dicen!... Ejem!! No, esto no es murmurar, no señor... (¡El caballero de la platea me está haciendo muchísima gracia!) Durante el paseo, la generala, como si adivinase mis pensamientos, me habla del libro de moda, del autor; parece que es un hombre joven, distinguido, honrado, y yo, á cada elogio que oigo de tal persona, siento como una voz interior que me dice: Nicolasa, hija mía, convéncete; el hombre que escribe eso debe tener mucho talento; tú eres viuda, joven, rica; estás hastiada de la sociedad, de las tontorías de los sietemesinos que te rodean; ese hombre, que es para ti lo desconocido, anuncia, sin embargo, un corazón generoso; dicen que es pobre, pero tú puedes hacerle rico; tú eres frívola tal vez, tal vez tienes mal carácter, pero no has hecho nada en tu vida que pueda reprobarte el hombre á á quien consagres tu existencia. ¡Qué va á ser tu vida sola en este mundo; sin padre, sin marido, sin hijos!... ¡Ah, si yo tuviera un hijo... un hijo que sintiera todas esas delicadezas que hay en ese libro!... ¡un hijo! ¡Debe ser tan hermoso el amor de una madre!... (Llora.) Y tú estás sola en medio de un mundo de seres frívolos que no te comprenden, porque tú... qué tontería, ¿pues no estoy llorando? (¡No, pues ahora no se ríe el tonto ese!)

Ustedes me han de dispensar que les moleste con estas confesiones. Siga la broma.

He comido con la generala. Me he atracado de langosta con salsa tártara; yo creo que he comido sin saberlo. Estaba preocupada y no oía la conversación, y comía y comía y comía. A mi lado había un cónsul francés que me ha pisado dos veces. Una vez, pase; pero dos ya es azar. He tenido que decirle bajito: Aquí no se hace el amor á pisotones, *mosiú!* ¡No, es que me fastidian á mí mucho ciertas cosas!

Vine, me vestí... y á casa de los duques á ver la comedia.

Ahora que no pueden oirme los que la han hecho, con franqueza, no se puede hacer peor. ¡Ay, qué comedia, y qué comiquitos de mi alma! Era una comedia por todo lo alto. Hacían los personajes un señorito un si es no es gangoso y una señora andaluza; pero no como Mariquita, no señor; andaluza cerrada, completamente cerrada, sin duda porque hoy es día de fiesta.

—El público.—¡Bravo, bravo!

—Un señorito que las echa de francés.—
¡Bis, bis!

—Una señora á otra.—¿De quién es la pieza? (A cualquier cosa le llaman pieza.)

—La otra.—De Alarcón.

—La primera.—¿Y todas estas cosas se las sacan de su cabeza?

Yo.—¡No señora; las sacan de un almacén que hay en la calle de Toledo!

¡Cómo me he aburrido! Sobre un velador estaba el libro, el libro y el nombre del autor. ¿Conoce usted á Pérez? le pregunto á un coronel literato.—Mucho.—¿Está aquí? —No va á sociedad, se acuesta temprano.—
—¡Un hombre que se acuesta temprano! ¡Yo, que me estoy acostando al anochecer hace veinte años! ¡Ideal! ¡Ideal! exclamo, y el coronel me mira sorprendido.

Tras la comedia, un poeta con voz de cañón nos leyó unos versos á la luna. ¡Pobre luna! Con decir que esta noche no ha salido... ¿cómo serían los versos?

Después una taza de te, un rigodón con el duque, un vals con el vizconde, un tiroteo de piropos á unos vestidos, y á casa; y heme aquí, habiendo pasado un día completo de fastidio, y en una situación horrible, porque, ¿qué mujer decente le dice á un caballero que no conoce ni de vista... Hombre, usted debe ser mi segundo marido!

Aquí está el libro. Sus capítulos en verso son deliciosos. Yo me sé algunos de memoria.

(Lee.) Dicha, dolor y placer,
cuanto se piensa y se siente,
todo lo inspira el ambiente
del amor de una mujer.
¡Gloria, ambición y poder,
inquietud, zozobra y calma,
áureo laurel, seca palma,
ella es la fuerza del sino,
luz oculta que el camino
le va señalando al alma!

ESPECT. ¡Psth! ¡Señora! ¡Señora!

NICOL. ¿Qué es eso?

ESPECT. Eso hay que decirlo un poco más vivo,
¿sabe usted? Con un poquirritito más de
sentimiento...

NICOL. Pero...

ESPECT. Perdone usted; pero... como esos versos son
míos...

NICOL. ¿Eh?

ESPECT. ¡Sí, señora; las cosas claras, el autor de ese
libro... soy yo.

NICOL. ¡Usted!

ESPECT. ¡Yo, que ya la amo á usted con toda mi
alma!

NICOL. ¡Jesús! (Cae desmayada sobre una silla.)

ESPECT. ¡Dios mío! ¡Señora! ¡Allá voy, allá voy! (Po-
niéndose de pie sobre la butaca.)

NICOL. (Levantándose.) Hombre, por Dios, no venga
usted ahora.

ESPECT. ¿Eh?

NICOL. Repare usted que son las dos y media de la
noche...

ESPECT. En ese caso iré á saludar á usted mañana.

NICOL. ¡Oh, sí; mañana sí! ya sabe usted... catorce,
segundo de la derecha .. (Al público.) donde
en su nombre y en el mío ofrezco á ustedes
su casa. El día ha sido completo... Temprano,
¿verdad? ¡Oh, qué alegría! (Cogiendo la luz y
retirándose sin dejar de mirar al espectador, y se re-
tira volviendo la cara dos ó tres veces. El espectador
queda con la mano extendida, saludándola tiernamen-
te.) ¡Buenas noches!

OBRAS DE D. EUSEBIO BLASCO

DRAMÁTICAS

- Vidas ajenas.*
La niñez engañosa.
La antigua española.
La mujer de Ulises (4.^a edición).
La tertulia de Constanza.
El joven Telémaco (4.^a edición).
Un joven audaz (4.^a edición).
El amor constipado (2.^a edición)
El vecino de enfrente (3.^a edición)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco (4.^a edición).
No la hagas y no la temas (2.^a ed.)
La mosca blanca (2.^a edición).
Los dulces de la boda (2.^a edición).
La corte del rey Reúma.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesión por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
- ♪ *Jugar al escondite.*
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (1).
Juan García.
Pobre porfiado (5.^a edición).
Las niñas del entresuelo.
El bastón y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galán.
Moros en la costa.
Todo por el arte.
¡Si yo tuviera dinero!
Día completo (2.^a edición).
¡Ultimo adiós! (3.^a edición)
El centinela.
Cabeza de chorlito.
La posada de Lucas.
El guapo rondeño.
El capitán Marín.
El secreto.
Juan León.
¡Duerme!
El Angelus.
Los dos sueños.
El mensajero de paz.
♡ *¡Madre mía!*

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

NO DRAMÁTICAS

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (1).—Una señora comprometida (Segunda edición).—Los dulces de la boda (Novela).—Esto, lo otro y lo de más allá.—Soledades (Poesías).—Flaquezas humanas (Cuentos y relaciones) —Noches en vela (Poesías).—Mis devociones.—Mis contemporáneos.—Epigramas.—Malas costumbres (Poesías festivas).—Ellos y ellas.—El modernismo en Francia.—Conferencias en el Ateneo de Madrid sobre Bretón de los Herreros.—París íntimo.—Recuerdos.—Corazonadas (Poesías nuevas).

EN PRENSA

MEMORIAS DE CUARENTA AÑOS

PUBLICACIÓN BISEMANAL CON GRABADOS

(1) Obra en colaboración con varios escritores.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.